

Veritas

Veritas es algo más que el nombre de esta revista: fue el lema del Colegio y se quiso que fuera de toda la profesión contable a nivel mundial.

Todo empezó en un concurso del que fui testigo, llevado a cabo en 1966 por convocatoria de la directiva que presidía José Manuel Pintado y que concluyó en 1967 bajo el mando de Wladimiro Galeazzi. El certamen también incluyó el emblema y de ambos lo único que queda es el *Veritas*; pero, repito, sólo como nombre de la revista que estás leyendo, sin el emblema ni con el lema que se aprobó.

La añoranza viene a cuento porque este 13 de enero cumple 14 años de fallecido Eduardo M. Creel, fanático de la verdad y por ello autor del lema VERDAD (así lo propuso) y del emblema que durante más de 40 años utilizó el Colegio, añoranza que me remonta a una rimbombante (¿extravagante?) historia, sino de esos tiempos, y que cerca de medio siglo después recuerdo con caritativa ternura (de pronto, me gana la risa). A brochazos, la historia es:

Para el concurso de marras, se recibieron 18 propuestas que proyectaban en sí nuestras maneras de ser en esas épocas. Por ejemplo, para el emblema alguien propuso un timón; otro un león, que significaba “la fuerza del Colegio”; uno más, un mundo en medio de un

Don Eduardo
murió en paz
con Dios, sus
semejantes y
consigo mismo.
Era un caballero,
hombre cabal,
hombre de Dios.

libro mayor, y así por el estilo. Los lemas no tenían desperdicio, barrocos a morir: “Los anhelos de superación de los miembros del Colegio deben ser infinitos, pero siempre teniendo como norma el cumplimiento del deber”; burlones, absténganse. “Por el entendimiento humano responderá la ciencia contable” ¡Olé!

El primer lugar lo ganó Manuel Castro Rojas (*Boletín Semanal* núm. 584, 2 V 66) y el emblema propuesto, después de ponerlo en manos de un dibujante profesional, terminó en un escudo que en el centro tenía los signos aztecas de la suma y la resta; y los colores que intervenían en él eran azul, oro, guinda y blanco... encomiable esfuerzo poli-

cromático-político para dejar contentos a *todos*, pero ignorando que para entonces “ya éramos algo más de dos”. No registro cómo, pero de repente el buen juicio se impuso y esa mamarrachada se descharchó. Entró entonces la propuesta de Jorge Fluvio, que era el pseudónimo que Eduardo M. Creel utilizaba para hacer travesuras, y que había quedado en segundo lugar.

Fluvio (Creel) sugirió que el emblema fuera sencillo, sobrio, con pocas letras y sin colores, y que se hicieran botones de tela para solapa, calzado con la palabra VERDAD como lema del Colegio para todo uso. La forma (emblema) la garabateó en una simple hoja de papel y era un círculo partido por una S ligeramente inclinada a la derecha. No más.

Pero en México, ¡qué caray!, las cosas no tienen por qué ser así de sencillas, razón por la cual los pensantes inventaron que, dado que la figura pergeñada sin mayor oficio por él tenía gran semejanza con el signo del taoísmo, por ahí se fueron las disquisiciones filosóficas y los dibujantes introdujeron *las bolitas* consecuentes en el emblema (*ying yang*), que terminó siendo parecido al que usan los gimnasios sospechosos. Dicho en otras palabras, primero se



► **La mayor cualidad de Manuel M. Creel fue la discreción: nunca le interesó figurar ni pretendió tener nombre de aula. A quienes lo conocimos basta tener conciencia cabal de lo que fue y representa.**

compró la forma, enseguida se arruinó, y luego se *inventó* el fondo, la interpretación conceptual, a 180 grados de lo propuesto por el autor que con sobrada razón se quejó de que la VERDAD no requiere mayor fundamentación.

Milagrosamente el lema, sencillo y sabio, VERDAD, sobrevivió a la parafernalia de los bien intencionados pero forzados conceptos que se escribieron alrededor del emblema, cuanto y más porque surgió la idea de que tuviera alcance nacional y fuera el símbolo de toda la profesión contable, lo cual fue aceptado por el IMCP (1967), y de ahí nuestra pretensión brincó al ámbito internacional y así fue que se preparó un ambicioso folleto, *Mensaje a los contadores públicos del mundo*, para sustentar y promover la moción del *emblema único* ante la VIII Conferencia Interamericana de Contabilidad, a celebrarse en septiembre de ese año en Caracas y en el IX Congreso Interna-

cional de Contabilidad, que fue enseguida en París.

En Caracas, nos dieron el avión apoyando la moción de presentar en París a nombre de la CIC la propuesta del *emblema único*, pero ningún país de la Interamericana lo usó, y en París simplemente nos batearon. Fue por esa aspiración internacional que el VERDAD se transmutó a *Veritas*, en universal y culto latín.

La directiva del Colegio en ese entonces escribió: “El emblema único puede convertirse en un catalizador que acelerar la transformación y superación de la Contaduría Pública. Puede reunir y coordinar los esfuerzos dispersos, puede y debe promover la solidaridad profesional y hacer que los contadores se reconozcan y estrechen las manos, en cualquier parte del mundo, sin perjuicios de raza, religión o nacionalidad”. No *comments*.

Cuarenta y dos años después, ya dije, lo único que sobrevive es el *Veritas*, pero sólo como nombre de la revista. Hasta donde sé, ya no aparece como lema en la papelería ni en documento alguno del Colegio. Si así es, lo lamento, y lo lamento porque esa pasión por la VERDAD que tenía Don Eduardo es en sí la profesión misma, profesión que nació por y para la verdad, que vive de ella.

En octubre de 1995, en la apertura de la convención del IMCP llevada a cabo en Mérida, impartí una conferencia titulada *La contaduría pública ama la verdad*, y en la cual para terminar dije: “He sido demasiado complicado; puede haber sido mucho más sencillo, debí serlo, habida cuenta de que esa, mi frase célebre, me la inspiró un hombre sencillo al cual le profeso un profundo

amor, una gran admiración, un gran respeto. Él fue quien me vendió el valor de la verdad a través de un pequeño artículo que publicó en 1957 en el boletín mensual del despacho en el que trabajamos”. Artículo que en su parte medular dice:

“Le pedí a un sabio maestro mío, hace muchos años, que me dijera cuáles eran las cualidades que debería tratar de desarrollar un contador público. Estar dispuesto a decir siempre la verdad, me contestó y después de una pausa agregó, parece sencillo... ¿verdad?/ En ese mensaje he encontrado fuerza y seguridad y es por ello que quiero transmitirlo a ustedes dedicándole además una cuantas líneas./ Reconociendo por anticipado la importancia de la integridad, de la competencia técnica y aun del ingenio, deseo destacar el concepto *verdad*, la cualidad veraz y el amor a la verdad como elementos básicos y esenciales del contador público”.

Rematé añadiendo: “Bien visto, mi intervención es un homenaje a mi personaje inolvidable, a Don Eduardo M. Creel, autor de esas líneas y creador precisamente del lema de la profesión contable: el enorme, por sencillo, preciso, idóneo y sabio *Veritas*”.

Don Eduardo murió en paz con Dios, sus semejantes y consigo mismo. Era un caballero, hombre cabal, hombre de Dios. Murió sin haber recibido reconocimiento alguno por su aportación, lo cual para él no tuvo importancia, pues quizá su mayor cualidad fue siempre la discreción: nunca le interesó figurar; jamás pretendió *tener nombre de aula*. A quienes lo conocimos nos basta tener conciencia cabal de lo que fue y representa. Descanse en paz. ❀